Domingo 29º del Tiempo Ordinario – Ciclo C
Padre Pedrojosé Ynaraja Díaz

TEXTOS

Éxodo 17,8-13

En aquellos días, Amalec vino y atacó a los israelitas en Rafidín. Moisés dijo a Josué: «Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte, con el bastón maravilloso de Dios en la mano.»
Hizo Josué lo que le decía Moisés, y atacó a Amalec; mientras Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto la mano, vencía Israel; mientras la tenía baja, vencía Amalec. Y, como le pesaban las manos, sus compañeros cogieron una piedra y se la pusieron debajo, para que se sentase; mientras Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así sostuvo en alto las manos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su tropa, a filo de espada.

II carta de San Pablo a Timoteo 3,14–4,2

Permanece en lo que has aprendido y se te ha confiado, sabiendo de quién lo aprendiste y que desde niño conoces la sagrada Escritura; ella puede darte la sabiduría que, por la fe en Cristo Jesús, conduce a la salvación. Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la virtud; así el hombre de Dios estará perfectamente equipado para toda obra buena. Ante Dios y ante Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, te conjuro por su venida en majestad: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta, con toda paciencia y deseo de instruir.

Evangelio según san Lucas 18,1-8

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a sus discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario." Por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara."»
Y el Señor añadió: «Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»

COMENTARIO

Había oído hablar, me había contado gente amiga, el valor del viaje que iniciándose en el Cairo lleva al monasterio-fortaleza de Santa Catalina, o de la Transfiguración, al pie del llamado Monte de Moisés, en la península del Sinaí.
Otros en cambio, me han dicho que subieron a un bus sin que nadie les diera ninguna explicación y al cabo de unas cuantas horas se habían encontrado al pie de las murallas que defienden el monasterio. En el viaje que desde Europa habían contratado era una de las posibles excursiones no incluidas en el precio global, pero no demasiado caras. Lo curioso del caso que ahora explícitamente estoy recordando, es que los tales se alegraron cuando alguien les dijo que allí donde estaban, era el escenario de la película de Cecil B. DeMille, "Los diez mandamientos".
Los lectores habrán ya observado que por mi parte no sentía interés alguno en recorrer tal itinerario, ahora bien, se me presentó la ocasión de desplazarme con el Hno Rafael Dorado y otra gente amiga y de total confianza. Íbamos en un Jeep alquilado, con la posibilidad de detenernos cuando lo necesitásemos y el buen franciscano lo creyera conveniente.
Por más que uno lo sepa, siempre piensa que un desierto es una gran extensión de arena con alguna palmera, que no vaya a ser un espejismo, viajar mecidos dulcemente por el subir y bajar de las correspondientes dunas. Tal vez sea esta la realidad del Sáhara, la del Sinaí es muy otra.
El Sinaí es una gran península de miles de montañas, de poca baja vegetación que solo el ganado, cabras principalmente, es capaz de masticar y de no muchos decorativos ramitos de palmeras y acacias, las sittin, allí donde en sus entrañas existe humedad siquiera.
A uno no le cuentan que encontrará tribus beduinas que se sienten muy legítimas y seguras de la propiedad donde por el momento residen y por ello quien quiera pasar por su terreno, deberá pagar el correspondiente tributo.
El episodio que narra la primera lectura, parece más bien consecuencia de la típica y eterna rivalidad entre pueblos de pastores y culturas agrícolas.
Comento algo de mi viaje. Advierto que si bien por el Sinaí me he movido creo recordar cuatro veces, esta fue la única que seguimos el tradicional y bastante probable camino del Éxodo
Añado que tuve la suerte de observar como en cierto momento, de entre las grietas de unas agrestes peñas, brotaba agua transparente, que me recordó el prodigio de la que afloró al golpearla Moisés con su vara. En general para aprovechar el agua de los oasis es preciso cavar un pozo de algo así como 40cm de diámetro.
Uno puede haber leído la Biblia muchas veces, pero cuando atraviesa este desierto, la visión del paisaje inmenso y absoluto, no le sugiere más que su contemplación silenciosa. Tal estado de ánimo me dominaba cuando el buen fraile me dijo: estas montañas son las de Rafidín, las de la intercesora oración de Moisés. La advertencia me emocionó. La oración, piensa uno es cosa grande, como grandes son estas montañas.
Primera y elemental lección del desierto, lo reconozco ahora.
Imaginemos el suceso. La situación superior de Moisés, por una parte su elevada posición respecto al pueblo que luchaba abajo y más cercano, según pensaba, de Dios que habita en las alturas, complementaba su sincera y esperanzadora oración. Josué luchaba, quien lograba que venciese era el caudillo orante.

Reza y se sacrifica. Acertada adición. Sin cansarse, o aliviando su fatiga con la ayuda de algunos de los suyos y de una roca en la que se apoya y que le proporciona cierto calmante a su dolor, pero sin separarlo de la súplica.
Por los parajes de este conjunto de montañas, silencioso y humilde, se levanta al lado del camino un monasterio femenino, que representa ser el hermano gemelo del masculino, el de Santa Catalina, mucho más famoso.
Por aquellos riscos observa uno agujeros que corresponden a ermitas en las que vivieron solitarios monjes que, monótona e insistentemente, rezaban por la humanidad. Tal vez algunos de estos oratorios estén hoy en día habitados y continúan siendo hornos de Fe y Caridad, testimonios de la Esperanza, virtudes que tienen aquellos que cómo la viuda de la parábola, no se cansan de repetir y repetir la misma súplica y que si bien los consideramos, exigen de nosotros que de alguna manera les imitemos.

Me he alargado demasiado. Me limito, pues, respecto a la segunda lectura de la misa de este domingo, a recordaros lo que dice Pablo a Timoteo y hoy nos lo reclama a nosotros: *proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta, con toda paciencia y deseo de instruir.*